

Suboficial Sangiorgi Francisconi, un italiano en el Tercio

LA Legión fue desde su fundación la unidad militar que menos requisitos burocráticos exigió a sus aspirantes. Ingresaron en sus filas hombres de todas las nacionalidades, de todas las razas y creencias. Entre esos extranjeros que dieron nombre al Tercio destaca particularmente un italiano que dejó estela de heroísmo entre los aguerridos hombres de Millan Astray.

¿D E dónde procedía el legionario Sangiorgi? La respuesta la encontraría el curioso en esos versos del Himno de la Legión: "Somos héroes incógnitos todos, nadie aspire a saber quien soy yo". De cualquier lugar de Italia podía ser, porque de lo que no había duda era de su nacionalidad. Apenas chapurreaba el castellano al llegar a Marruecos. Después, con el tiempo, llegaría a ser tan español como el que más, tanto, que a parte de obtener en combate una muy codiciada condecoración del Ejército, pidió que su cadáver recibiese sepultura envuelto en la bandera de España.

La figura del Suboficial Sangiorgi se abrió paso entre las filas de la Legión precisamente en las operaciones de Alhucemas. Ya el 8 de septiembre de aquél año de 1925, cuando los primeros lanchones tocaron tierra africana, Antonio Sangiorgi Francisconi ocupó un lugar de vanguardia entre las fuerzas de desembarco.

Pero lo de Alhucemas no se acabó en un día; las operaciones, en su primera fase duraron hasta el 2 de octubre; y en esas veinticinco fechas de continuos combates, ocurrieron muchas cosas y murieron muchos hombres. El suboficial legionario pudo dar fe

de los más cruentos sucesos de aquellas históricas jornadas.

Era el 23 de septiembre, una operación conjunta de Regulares, Tropas de Línea y La Legión, iniciaban una penetración en el sector de Axdir, hacia Los Morros. El punto clave era la denominada "Posición Cueva fortificada", un lugar abrupto, lleno de oquedades y recovecos donde más de 300 rifeños se habían parapetado para impedir el avance de las tropas españolas por la bahía.

El suboficial Sangiorgi, al mando de una sección, se vió detenido por certero fuego procedente de una de las cuevas que salpicaban la zona. Las paredes calizas desde donde procedían los disparos de fusil estaban cerca, tan cerca que sólo bastaba una carrera corta para llegar hasta su base, pero allí la distancia se medía en milímetros.



Un día a la Semana la Legión rinde homenaje a sus difuntos. Es el Sábado Legionario, el acto más emotivo en las FAS.



Estrenó renombre en las operaciones del desembarco de Alhucemas.

Tendidos en el suelo, sin parapeto alguno donde protegerse, los hombres de Sangiorgi a duras penas lograban salir de la zona batida por los tiradores rifeños. Se imponía una acción inmediata para silenciar aquellos "pacos" tan bien manejados por el enemigo.

Sin más ayuda que su agilidad de gato, el Suboficial Sangiorgi saltó veloz en dirección al boquete del que procedían los tiros. Se encaramó por el talud del derrumbadero que daba acceso a la cueva, y armado de punzante bayoneta se perdió entre las sombras de la oquedad rocosa.

Desde abajo, desde el vallejo cubierto de cardos y pedruscos, no se oía ya ni el menor ruido. Había cesado el fuego y los hombres de la sección se incorporaban tras su jefe. Pero al momento de haberse internado Sangiorgi en el agujero, salía un moro con los brazos abiertos para caer de bruces contra el suelo. Poco después era el propio suboficial quien aparecía en el umbral de calvitón parduzco para situar junto al primer cadáver un segundo muerto.

En lucha cuerpo a cuerpo, el flacucho y siempre sonriente legionario italiano había dado muerte a los dos francotiradores de la cueva. El camino hacia Los Morros quedaba expedito de momento.

No soñó dormido con laureles el suboficial Sangiorgio. Sin conceder la menor importancia al hecho, prosiguió de operaciones por la zona siempre con la muerte como sombra inseparable. Y a primeros de octubre, el día 2, último también de las actividades militares en el sector de Alhucemas, se iniciaba ya la gran ofensiva para desalojar al enemigo de los cerros inmediatos a la playa; y allí estaba la Legión y en ella el italiano Antonio Sangiorgi Francisconi.

Al mando de su sección, el suboficial Sangiorgi se encontraba frente al fuego de un cañón diestramente manejado por los rifeños. Hostigaba a las columnas atacantes desde una loma denominada La Roca; lejana y difícil de acometer por lo abrupto del



Sin más ayuda que su agilidad de gato, saltó el suboficial hasta perderse en el interior de la cueva.

Al cabo de un rato de perseguir al enemigo, los legionarios regresaban a su base con tres cañones de botín.

En la posición de Amerkran aguardaba la muerte al legionario italiano.

terreno y por las defensas de tiradores ocultos; sin embargo se hacía imprescindible para el avance silenciar aquella pieza. Alguien lo debía intentar.

Vistos la posición del arma y observada la cadencia de tiro, un grupo de legionarios mandados a la voz por el suboficial Sangiorgi desplegaron hasta ocupar posiciones a ambos lados de la pieza. A un grito convenido emergían

como escupidos por las entrañas de la tierra Sangiorgi y sus hombres. Se enzarzaban en terrible lucha cuerpo a cuerpo con los sirvientes de la pieza, y a poco lograban ponerlos en fuga.

Pero no conformes los legionarios con la captura del arma, echaron a correr en persecución de los artilleros hasta la inmediata posición marroquí de Nekon, donde al parecer almacenaba el enemigo sus reservas de material pesado; con tal suerte la decisión de seguir al enemigo, que al cabo de un rato regresaban a su base de partida con tres cañones de botín.

Aquel día, cuyo comienzo ya bastaba para inscribirlo en los anales de la Legión como glorioso, no acabó con la captura de las piezas de artillería, aún quedaba el epílogo, el ocaso de la brillante estrella de la suerte para Sangiorgi. Era la posición de Amerkran, casi un fortín difícil de tomar y en el que se habían refugiado numerosos musulmanes procedentes de otras posiciones ocupadas ya por las tropas españolas.

Allí, frente aquél último reducto de la resistencia enemiga, la muerte, siempre compañera inofensiva del Suboficial Sangiorgi, ahora le aguardaba cruentamente para acabar de cerrar su limpia trayectoria. Allí quedaría tendido uno de los más genuinos prototipos de La Legión española.

Atravesado su cuerpo por varios proyectiles, Sangiorgi aún tuvo entereza para pedir al médico que lo atendía en el puesto de socorro que su cadáver fuese cubierto con la bandera de España.

El 13 de abril de 1926 pasaba definitivamente a la historia aquel pequeño italiano de permanente sonrisa que había llegado a ser suboficial legionario. Su nombre figurará siempre en la galería de héroes españoles al serle concedida la Medalla Militar.

Una vez más se había cumplido en Sangiorgi la letra del Himno de La Legión:

"Si en la guerra hallas la muerte, legionario, tendrás siempre por sudario la bandera nacional". •